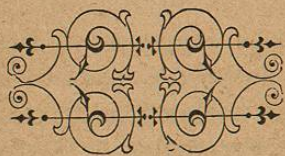


preciso lo sea mucho más en el cielo; y es indudable que nuestra Santa Madre oirá los ruegos de la Visitación de España en favor de tan gran devoto de nuestros Santos Padres, y amigo tan sincero y afectuoso de sus hijas.

VV. CC. nos perdonarán los defectos de la traducción, mirando sólo á nuestra buena voluntad, que la deseaba perfecta. Atendiendo á su mayor exactitud, no hemos alterado en lo más mínimo las palabras de nuestros Santos Padres, que hemos traducido completamente literales.

Si conseguimos glorificar á Dios en su sierva y complacer á VV. CC., nada quedará que desear á su humilde, indigna Hermana y sierva de nuestro Señor, *la Superiora del segundo Monasterio de la Visitación de Santa María.*—D. S. B.

Madrid y Agosto, 21 de 1871, fiesta de nuestra Santa Madre y Fundadora, Juana Francisca Fremiot de Chantal.



## CARTA DEL SR. OBISPO DE ORLEANS

AL SR. BOUGAUD

respecto á la segunda edición de su libro de la *Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, y de cómo se deben escribir las vidas de los Santos.

MI QUERIDO AMIGO:

No quiero que salga á luz la segunda edición de vuestro libro de la *VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL*, sin haberos dado públicamente las gracias por haber compuesto tan hermosa y bella obra.

Siempre me han gustado mucho las vidas de los Santos, y os confieso que son mis lecturas favoritas, y que después de la Santa Escritura no encuentro nada más agradable para mi espíritu, ni que más me dulcifique y encante. Verdaderamente creo que no puede haber cosa más útil para las almas. La mística doctora española, Santa Teresa, aconsejaba esta lectura á las almas piadosas, y sobre todo á las atribuladas; y, en efecto, no hay estado en la vida cristiana para el que no dé consuelo, luz y valor.

Nada, por otra parte, honra más á nuestra Santa Religión, que esta clase de libros, porque los Santos son la gloria de la Iglesia, y la historia de estas grandes almas, las mejores, más nobles, tiernas y fuertes que ha producido la humanidad, es por sí sola una admirable demostración del Cristianismo, y la más magnífica apo-

logía de la piedad. Yo no veo nada más á propósito, no sólo para animar á las almas fervorosas y fortificar á las débiles, sino aun para volver á Dios y á la fe á las que por las desgracias de esta época irreligiosa abandonaron uno y otra.

Mas para que las vidas de los Santos tengan este poder y atractivo, no basta escribirlas con un estilo mediano y con los solos recursos de un talento vulgar y de un arte profano. Es preciso reunir un conjunto de cualidades, que confieso son difíciles de encontrar. Rara vez se hallan juntas la ciencia del verdadero hagiógrafo y el conocimiento de lo que constituye el interés propio y el encanto supremo de la vida de un Santo, porque es necesario trabajar asiduamente para conseguirlo.

Esta es la razón por la cual se encuentran tan pocas vidas de Santos escritas como deben estarlo.

Permitidme os diga mi opinión en este importante asunto, y los requisitos que creo necesarios para que la vida de un Santo sea tal, cual la puede desear un alma piadosa é ilustrada. La inclinación que siento á esta clase de obras, y lo poco bueno que desgraciadamente se encuentra en lo que respecta al estilo, interés y demás circunstancias que debieran llevar consigo, me han hecho reflexionar mucho sobre este asunto.

Las condiciones y cualidades que yo desearía, se resumen en lo que voy á deciros.

Yo quisiera, ante todo, un conocimiento exacto de lo que conviene para esta clase de materias, pero sobre todo, desearía se amase mucho al Santo de quien se escribe. Después de esto, un estudio profundo de su alma y de su vida, hecho sobre las fuentes y documentos contemporáneos, tomándose para esto el tiempo y trabajo necesario. Es preciso pintar al natural las luchas de esta alma y las victorias de la gracia sobre la naturaleza, y todo esto trazarlo con sencillez, verdad, nobleza, profunda penetración y vivos detalles, de tal modo, que se

retrate fielmente al Santo y á su época, cuidando siempre de que no desaparezca el héroe bajo el montón de hechos accesorios de la historia, sino que aparezca en primera línea. Hechos verídicos, auténticos, exactos, numerosos, pero agrupados con gusto y hábilmente dispuestos, con un orden juicioso que lo prepare é ilumine todo; en fin, un estilo sencillo, grave, tierno y penetrante. Esta es, sucintamente expresada, la idea que yo tengo del verdadero mérito y de las grandes dificultades que ofrece el escribir la vida de un Santo. Y esta es la razón de que pocas veces se encuentren en estos libros las cualidades que acabo de expresar, y que con gran gusto mío os digo, hallo en la Vida de la Santa Baronesa de Chantal, que habéis compuesto, y creedme, si ha gustado tanto y cada día gusta más, es porque habéis seguido el verdadero método, empleando todo el tiempo y cuidado necesario al efecto, por lo cual no dudo que esta segunda edición, que tan atenta y cuidadosamente habéis revisado y corregido, será perfecta.

En Annecy, en una peregrinación que hice á la cuna y sepulcro de San Francisco de Sales, fué donde vi por primera vez vuestro libro, en el Monasterio de las buenas religiosas de la Visitación, encontrándole por casualidad, y le abrí sin saber su mérito ni quién era el autor, arrastrado únicamente por la inclinación que siento por leer vidas de Santos. Le llevé conmigo á la montaña, y sus primeras páginas me encantaron, ó mejor diré, me admiraron, pues es tan raro encontrar una vida de un Santo escrita como se debe, que al abrir un libro de esta clase espero siempre el disgusto de confirmarme en la idea de lo poco que generalmente valen. Así es que, no teniendo entonces el gusto de conoceros, como hoy, sentí al leerle una admiración involuntaria, que os aseguro no hizo perjuicio á mi encanto, y aun (permitidme os lo diga) me hizo amaros con tanta más

verdad, cuanto que he gozado en esta lectura, que prolongaba á propósito en mis correrías solitarias, de una cosa que pondré siempre en el número de mis mayores satisfacciones; quiero decir, el placer de hallar la vida de los Santos á mi gusto, encontrando una grande alma, y viviendo algún tiempo en su dulce intimidad por medio de quien supo hacerla revivir para mí.

Después he vuelto á leer esta vida con el lápiz en la mano, aumentándose con esta segunda lectura la favorable impresión que recibí en la primera. La he dado á leer á otras almas, y todas han encontrado, como yo, un encanto singular junto con un vivísimo interés y con la edificación más práctica y verídica en esta preciosa historia; porque realmente, en la vida de esta gran Santa es donde se encuentra en una serie de escenas las más bellas, variadas y tiernas, lo que dice el Apóstol: *Quaecumque vera, quaecumque sancta, quaecumque pudica, quaecumque justa, quaecumque amabilia.*

Durante un trabajo bastante largo, cuya tarea me había impuesto, entre otras muchas indignidades, ¿no lei que los Santos modernos tienen un aspecto mezquino, insignificante, limitado y frío? Por respuesta tienen aquí una Santa que ha vivido casi en nuestros días, abuela de la marquesa de Sevigné, tía de Bussy Rabutin, tía abuela de los señores de Toulangeón, que muchos conocemos hoy, en una palabra, una Santa que pertenece de mil modos á nuestra sociedad moderna. Y pregunto, ¿dónde encontraremos, aunque se busque en la mitad de la Edad Media y en los primeros siglos, una distinción más alta, una grandeza más constante, y un heroísmo más tierno? Niña aún, exhala todos los perfumes de la piedad, de la modestia y de la inocencia, y de sus tiernos labios se escapan acentos tan enérgicos y cristianos, que no tienen semejanza sino en la vida de los mayores Santos.

Ya joven, su valor se aumenta con sus deberes, y

sabe ser esposa, madre, ama de casa, señora del gran mundo y de la primera distinción, sin dejar por esto de ser Santa. Tan pronto entre el brillo y los placeres de una alta posición, como en las pruebas crueles de que ni los títulos ni la opulencia mundana pueden preservar, hace ver en todas ocasiones la magnanimidad y fortaleza de que es capaz una mujer cristiana.

Muy pronto viuda, por efecto de una repentina y terrible desgracia, retirada del mundo, encerrada en la soledad, educa á los cuatro hijos pequeños que su esposo la dejara, y rodeada de una multitud de pobres, á quienes ama como á miembros pacientes de Jesucristo, se la ve adelantar y progresar en la más alta perfección, elevándose, bajo la dirección del mayor Santo de esta época, á un valor y á unos sacrificios que nunca se han visto mayores.

Religiosa y fundadora de una Orden, une á la existencia más recogida y á la vida más contemplativa, la actividad más fuerte y fecunda. Funda ochenta monasterios, reforma una multitud de abadías y conventos y llena el mundo con sus cartas, obras y virtudes, y todo sin cesar de ocuparse de sus hijos, á quienes vigila, dirige y anima á que cumplan sus deberes antes y después de su matrimonio, con una dulzura de corazón incomparable.

Y lo que acaba de embellecer completamente todas las fases, todas las escenas de la santa y brillante existencia de la Baronesa de Chantal, es que en su grandeza está recopilada toda la que distinguiera al siglo XVII. A su alrededor se agrupan muchas almas elevadas y fuertes, sacadas del mundo por caminos diversos, pero admirables. Siguiéndola en sus correrías apostólicas para las varias fundaciones de su Orden, penetramos con nuestra Santa en el interior de las antiguas familias francesas, en casi todas las nobles ciudades de nuestras antiguas provincias, y aprendemos así á conocer en to-

dos sus detalles aquellas costumbres patriarcales, aquellas antiguas tradiciones, aquella vida tan austera de otros tiempos, y vemos de cerca á los padres de familia tan firmes é intrépidos, á las tiernas madres rodeadas de sus hijos, viviendo todos en dulce unión; admiramos aquellas municipalidades tan cristianas, con sus magistrados tan justos y rectos; en una palabra, á todas las autoridades tan deseosas del bien público, que aun en la misma oposición que se ven obligadas á hacer para defender sus derechos, se colocan en un orden noble y elevado. A nuestros ojos aparece también aquel inmenso movimiento de fe activa, que hace de la primera mitad del siglo XVII uno de esos raros momentos en que la Iglesia, descansando feliz, se parece á una tierna madre que, después de largos dolores, mira con amor y orgullo á sus pequeños hijos crecer á su lado, y goza algunos instantes de paz y consuelo, mientras se acercan las tempestades y luchas que son inevitables.

Pero á pesar de lo bellísima que es la vida exterior y pública de Santa Juana Francisca, no os habéis contentado con sólo esto, mi querido amigo, y quisisteis penetrar en su vida íntima, y os felicito por ello, porque allí es donde se encuentra el encanto más exquisito de la vida de los Santos. Gracias á vuestras profundas indagaciones, podemos ver año por año y día por día los progresos de nuestra Santa en la piedad, mortificación, dulzura, caridad con los pobres y unión con Dios. Podemos ver asimismo los obstáculos que tuvo que vencer y las tentaciones de tristeza y desaliento, que no pudieron detenerla en su carrera ni abatir su corazón.

Vemos, en fin, y esto es lo más precioso, los remedios y preservativos que para todos los casos la indica su grande y santo director, las prácticas de piedad que la aconseja y todas las admirables industrias con las cuales la consuela, fortifica y eleva, haciéndola subir de vir-

tud en virtud, de perfección en perfección, hasta conseguir el amor más sublime de Dios.

Esta es la razón de que inspire tanto interés vuestra VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA, y sea un libro en gran manera útil, un guía que puede ponerse en las manos de todas las mujeres cristianas, y en el que aprenderán con un ejemplo irrecusable, que es menester adelantar siempre en el camino que nos lleva á Dios, sin desanimarse jamás. En esta preciosa Vida verán los desmayos, los desalientos propios de nuestra débil naturaleza y las tristezas interiores que le son consiguientes; pero las verán también explicadas y consoladas por un Santo, superadas y vencidas por una Santa: dos enseñanzas, tan bella una como otra, y ambas necesarias á las almas en la época presente.

Os confieso que este es el primer atractivo que encontré en vuestra obra. El segundo es el número, la belleza, la variedad y la autenticidad incontestable de los documentos que lograsteis reunir. A la felicidad de haber encontrado un asunto incomparable, añadís el de renovarle y restaurarle por medio de descubrimientos importantes é inesperados. Causa admiración ver la multitud de documentos inéditos, desconocidos de los precedentes historiadores, que se hallan en vuestro libro, y permiten estudiar á nuestra Santa hasta en los menores detalles de su larga carrera, excitando siempre más y más el interés que inspira y la emoción continua que produce la lectura de sus páginas. Apasionado por la verdad, habéis tratado de reproducir fielmente y con la exactitud posible el modelo que teníais á la vista, persuadido, y con razón, de que seríais elocuente siendo verídico.

Son los Santos las obras maestras de la gracia; Dios deposita en ellos una celestial belleza, una elevación y grandeza que apaga todas las ficciones más hermosas de la imaginación, y así, el mejor medio para sentirse

movido y conmovedo á los lectores, es acercarse á los Santos, considerarlos despacio, durante largo tiempo, y retratarlos después. Siempre se altera su fisonomía cuando se la quiere embellecer con el artificio.

Un grande hombre decía al principio de este siglo: «Los Papas no tienen necesidad más que de la verdad.» Yo digo lo mismo: para agradar, enternecer, conmover y elevar las almas á Dios, no necesitan los Santos y sus historiadores más que la verdad; pero estos últimos deben penetrarse y saber expresar bien esta misma verdad. Desgraciadamente pocos lo alcanzan, y por esto digo que hay muy pocas vidas de Santos que estén escritas como deben estarlo. Yo creo que esto sucede porque muchos historiadores, falsos y fríos por carácter, miran de muy lejos al Santo de quien escriben, no le estudian á fondo ni en detalle, no le aman, y en consecuencia les falta celo y ardor para pintarlo. Le ven en general solamente, y no le buscan más que en su espíritu é imaginación. No suben á la fuente, á los monumentos primitivos, y se contentan con instrucciones de segunda ó tercera mano; no se apasionan por lo verdadero, ni tienen la severa conciencia que debe caracterizar al buen historiador, y lo peor de todo es que, con pretexto de que se espera su obra con impaciencia, se apresuran, no se toman el tiempo necesario, y escriben en seis meses lo que pediría algunos años. Las vidas de los Ilmos. Sres. Obispos Frayssinous y Quelen, honor del episcopado francés, escritas por un autor piadoso, cuya muerte ha sido sentida generalmente, adolecen de tal precipitación, que no se conoce á estos dos grandes hombres, y es muy de desear que otro historiador tome á su cargo presentar al público con más detención las virtudes y relevantes prendas de estos ilustres Prelados.

Pero es menester trabajar mucho para encontrar datos y noticias; no desanimarse por lo que hay que

esperar para alcanzar algún resultado; registrar bibliotecas y archivos empolvados; en una palabra, perseguir (digámoslo así) al Santo para encontrarle, oírle y verle tal cual era en los días de su vida mortal. Si los autores de vidas de Santos hiciesen todo esto, se conmovieran, admirarían y sentirían todo lo que se admiraron, conmovieron y sintieron los que tuvieron la dicha de ser contemporáneos de estos bienaventurados; y al leer estas santas historias se comprendería fácilmente que un sólo temor, un sólo sentimiento dominaba el corazón de los historiadores: el no saber expresar, revelar ni pintar á sus Santos, tales como en sus almas se aparecían y dibujaban.

Este y no otro es el verdadero método. Confieso que es arduo, porque exige mucho tiempo, trabajo, vigiliass, fatigas, viajes no pocas veces y, en fin, un largo y meditado estudio. Mas ¡felices mil veces los que no retroceden ante estas dificultades! porque ven á las claras las almas de los Santos, los aman y los hacen amar, manifestando toda la belleza del tesoro de gracias y virtudes que los adornaron.

Esto es lo que habéis hecho, querido amigo; todo lo habéis registrado y examinado; habéis visto y leído todo cuanto tiene ó pudo tener conexión con Santa Juana Francisca. No pareciéndoos suficiente Dijón, visitasteis á Bourbilly, Annecy, Thorens, Monthelon, todos los lugares en que habitó la Santa y donde pasó su vida, no perdonando trabajo ni fatiga para conocerla, comprenderla y respirar, por decirlo así, en la atmósfera de su alma, y ciertamente lo habéis conseguido, amigo mío. Y aun no contento con esto, quisisteis volver á buscar y restablecer la verdad del modo más seguro, y al efecto recogisteis todas las relaciones, apuntes y memorias escritas por los contemporáneos de la Santa, y el éxito de estas fatigas os debe lisonjear, porque habéis logrado conmover á vuestros lec-

tores. Y ¿cómo no, si nadie puede hablar de los Santos como los que los han conocido, tratado, vivido en su compañía largos años, contemplando sus virtudes y sintiendo su irresistible y dulce influencia? Sobre todo, las personas que han tenido la dicha de ser sus discípulos, sus amigos, de haber gozado de su íntima y dulce conversación, tienen un acento de verdad que ningún otro historiador puede poseer.

Así, las vidas de los Santos compuestas por sus discípulos, son generalmente encantadoras, citando entre otras la de San Vicente de Paúl, escrita por Abelly, y la de San Alfonso de Ligorio, por el P. Tannoia, las cuales tienen un mérito difícil de igualar y menos de sobrepujar, á pesar de ser un poco largas, porque en sus sencillas, sinceras y dulces páginas se retrata tan al vivo al Santo, que no se ve ni se piensa más que en su bella y grande alma.

Este perfume de verdad, piedad y sencillez, hace que no se tengan en cuenta los defectos de un estilo poco elegante, porque no se mira á otra cosa más que al Santo, el cual ocupa toda la atención.

No, lo repito; nada es comparable á los testimonios y testigos contemporáneos; y si estos testigos, como los vuestros, hablan ó escriben sin pensar en lo que el público puede juzgar, y únicamente para satisfacer á su corazón y á su piedad; si con estos sentimientos se presentan delante de la Iglesia ó de sus comisionados para dar sus declaraciones selladas con juramento, ¿quién no se siente enternecido y lleno de convicción, al escuchar el acento sublime de la verdad que revelan sus labios? Y si estos testigos vivieron en el siglo XVII, si pertenecieron á aquella gran sociedad, donde había tanta elevación en el espíritu, tanta exactitud, tan buen sentido y grandeza en las almas, y donde todo el mundo hablaba el hermoso lenguaje de la sinceridad, ¿no tendremos razón para decir: ¡oh! cuán-

tos encantos á la vez? Pues todos estos encantos realzan vuestra obra. Sí; al leerla se olvidan que nos separan dos siglos de esta Santa, de esta alma verdaderamente heroica, y nos parece que la vamos á ver aparecer y conversar con nosotros.

Es menester decir aquí que es muy frecuente el aislar de tal modo al Santo de cuanto le rodea, que al leer su vida, no se sabe á qué época ni á qué clase de la sociedad pertenecía el Santo; si era antiguo ó moderno, contemporáneo de Enrique IV ó de San Luis. La crítica moderna nos ha enseñado otro método mejor y más amplio, que coloca al personaje de quien se escribe en medio del círculo donde vivió, agrupando á su alrededor los principales hechos de su siglo. Es de mucho interés una monografía escrita de este modo, pero también (preciso es confesarlo) tiene su escollo; además de que no toda persona puede tomarse por centro de una época, ni á todas las vidas puede aplicarse este método, corriéndose por esta causa el riesgo, cuando se trata de un Santo, de perder de vista el principal objeto de la historia, que es manifestar con exactitud su alma, su vida íntima, el móvil de sus acciones y la inspiración de sus virtudes.

Hay autores que estudian profundamente el asunto, que real y verdaderamente tienen mucho talento, instrucción, viveza y fuego; que aman al Santo, y procuran hacerle amar; pero que le ahogan bajo un montón de acontecimientos y detalles históricos, entre los cuales queda obscurecido. Se viaja de este modo, digámoslo así, por espacio de muchas páginas... y el Santo ¿dónde está? Es preciso buscarle... y no se le encuentra.

Sin duda son menester de cuando en cuando, en la vida de los Santos, algunas ideas generales, alguna mirada á la historia contemporánea, pero siempre con brevedad. El hacer desaparecer al Santo bajo la reunión de mil hechos colaterales de la historia profana, es

apartarse enteramente del fin propuesto, como sería, por ejemplo, escribiendo sobre uno de los Padres de la Iglesia, contar todo lo que en aquella época sucedió en el imperio romano. Este es el grande y común defecto de los hagiógrafos alemanes. Generalmente muy sabios, escriben sin atender más que á la erudición, y descuidan completamente al Santo. Todo cabe en sus libros; abusan de la ciencia, y muestran su ignorancia del verdadero arte hagiográfico. Es menester, ya lo hemos dicho; historia contemporánea en la vida de un Santo, pero con cierta medida; porque el Santo debe aparecer siempre en primera línea. Un pequeño resumen bien escrito da mucha luz sobre una vida, pero debe ilustrarla y no absorberla. Media página, á veces una sola palabra, bastan á un escritor que tiene aire y estilo para descubrir el horizonte y dibujar el cuadro; y por lo mismo os doy la enhorabuena, querido amigo, pues habéis sabido lograr esto de un modo admirable, y evitando excursiones supérfluas en terreno extraño, escoger lo que verdaderamente interesaba á vuestro asunto, y todo con gusto y brevedad; y nos habéis llevado y tenido en la época y en la sociedad en que vivía Santa Juana Francisca, dejándola siempre, como era debido, en primer término.

Sobre todo, lo que los hagiógrafos debían comprender bien es que en la vida de los Santos se busca principalmente el bien y provecho del alma, y que, por consiguiente, importan poco las generalidades, y se desean detalles, porque éstos son los que nos edifican y nos hacen conocer de cerca á nuestros Santos. Así, pues, en cuanto á lo accesorio, mucha economía, pues podemos llamarlo como el marco del cuadro; pero en cuanto á los detalles, que forman la verdadera vida del Santo y son el fin del libro, debe haber extensión y libertad, porque ellos son los que nos manifiestan á los Santos viviendo y obrando según su carácter y la gracia que les

fué concedida, y de este modo se comprende lo más secreto y hermoso de su vida.

Fenelón, aquel grande hombre y grande maestro, dice con mucha razón y sabiduría, en su carta á la Academia: «Una circunstancia bien aprovechada, una palabra bien expresada, un hecho que indica el genio ó el carácter de un hombre, es un rasgo singular y precioso en la historia, porque os pone á la vista este hombre todo entero. Esto es lo que hicieron perfectamente Plutarco y Suetonio, y lo que se encuentra con gusto en el Cardenal de Ossat, que os hace creer que veis á Clemente VIII; que unas veces le habla con el corazón en la mano, y otras con la reserva más completa, etc., etcétera.» Pues ¿con cuánta más razón en la vida de un Santo, cuyo fin principal es retratar su alma, se deberá cuidar de recoger fielmente los menores rasgos que nos le hagan conocer?

Necesarios son, pues, detalles, hechos exactos, precisos, numerosos y contados en cuanto sea posible por los contemporáneos mismos, y sobre todo por amigos y discípulos del Santo, que habiéndole visto, tratado y querido, le recuerdan y hablan de él con una emoción penetrante que no se puede imitar; por lo cual es menester citarlos, y citarlos sin cesar, porque sus relaciones serán siempre preferibles al más elegante estilo del escritor más elocuente.

Detalles—repito,—pormenores, y sobre todo palabras, porque éstas son el eco de las almas. Dejad al Santo hablar por sí mismo á menudo, porque sin esto desaparece todo lo que le es personal y propio, y quedando sólo lo que es común á todos los Santos, y en lo que todos se parecen, se pierde la fisonomía particular y distinta de cada uno; no se conoce ni se ama á ninguno con preferencia; no resultando sino unas historias, si puedo definir las así, frías, pálidas, uniformes y empalagosas, que son más bien un esqueleto descarnado, que